

The background of the cover is a painting of a boat on a river. A large, reddish-brown mast or pole is the central focus, extending from the bottom to the top. Several people are visible on the boat and in the background. The style is somewhat impressionistic with visible brushstrokes. The title 'Revista Redes' is written in a large, white, serif font, with 'Revista' in smaller letters above 'Redes'. To the right of 'Redes', the words 'Servicios Sociales' are written in a smaller, white, sans-serif font. Below the title, the text 'Nº 2 Junio 1997' is written in a small, white, sans-serif font.

Revista
Redes Servicios
Sociales

Nº 2 Junio 1997

SEPARATA

**AREA DE SERVICIOS SOCIALES
DIPUTACION PROVINCIAL DE HUELVA**

SEPARATA

Los trabajos que se muestran a continuación, son el fruto del Certamen Literario que con ocasión del Día de la Mujer Trabajadora convocó esta Diputación Provincial a través del Centro de la Mujer.

En el podían participar tanto colectivos de mujeres como centros de educación de adultos; por lo que es importante resaltar, especialmente respecto a los trabajos presentados por los centros de adultos, el esfuerzo realizado por sus autoras, algunas de las cuales han aprendido a leer y escribir en ellos, así como el papel de dinamización que, tanto estos centros como las Asociaciones de Mujeres representan en la sociedad.

La ingenuidad de algunos de los trabajos, su estilo limpio, les da una especial belleza difícil de encontrar y que es como un soplo de aire fresco que nos llega desde la sencillez de sus aromas.

La profundidad humana de algunos de sus argumentos, nos produce sorpresa, y despierta nuestras sospechas sobre cuanto talento oculto por las circunstancias hay entre las mujeres omubenses.

En resumen, los trabajos aquí publicados, pretenden servir de homenaje a tantas mujeres anónimas, a las que las circunstancias sociales no han permitido desarrollar todas sus potencialidades y son las que tantas veces nos tropezamos sin imaginar hasta donde podrían haber llegado en una situación social más propicia.

Amalia Perianes Camacho

ÍNDICE

LOS AÑOS TRISTES

1.º Premio. Colectivo: C. Personas Adultas

Pseudónimo La Jara 7

COMO UN CIPRÉS

1.º Premio. Colectivo: Asociaciones de Mujeres

Pseudónimo Berta 9

TODA LA NOCHE EN UN HOYO

2.º Premio. Colectivo: C. Personas Adultas

Pseudónimo Marina 21

MEDITANDO EN SOLEDAD

2.º Premio. Colectivo: Asociaciones de Mujeres

Pseudónimo Estrella del Mar 23

Mención especial. Colectivo: C. Personas Adultas

Pseudónimo Talio 25

MARÍA, «UNA MUJER»

Mención especial. Colectivo: C. Personas Adultas

Pseudónimo La Estrella 29

LOS AÑOS TRISTES

Hubo una época en la historia de nuestro país, en que las carnes de España sangraban por las heridas abiertas en una guerra cruel de hermanos contra hermanos, de hijos contra padres, de padres contra hijos. Fueron años duros, dolorosos, tristes. Para todos los que nacieron en este viejo suelo, España era como un familiar enfermo que dolía en carne propia, porque era la propia carne quien lo sufría moral y físicamente.

Pero si para todos fue aquella una época difícil, para las mujeres en general resultó terrible. La condición femenina se consideraba entonces de forma muy diferente a como se la considera hoy, y el hecho de ser mujer suponía más una desventaja que otra cosa. Cuando la guerra terminó y callaron los cañones y los fusiles de los pelotones de ejecución, un rastro de muerte y de rencor amargo envenenó la vida de España. Una España destruida, en la que el pueblo la había perdido todo, su sustento, su casa, su familia... su libertad. Muchos hombres alistados en el ejército, habían sembrado de sangre la tierra, muriendo en un sacrificio inútil. Otros sin haber pisado siquiera el frente, habían caído ante la tapia de un cementerio bajo el fusil ajusticiador.

Por eso fueron las mujeres, muchas viudas, de una viudedad terrible y sangrienta, que sólo por serlo de un perdedor cargaban con el desprecio de caciques y señoritas aliados de la victoria. Fueron las mujeres las que llevaron la peor parte en esa convalecencia larga y humillante que sufrió España.

Criaron a sus hijos, a los hijos sin padre de la barbarie y de la ira, con sacrificios, hundidas en la soledad. Buscaron un jornal vergonzoso en casa de quienes las despreciaban, y lavaron la ropa,

trabajaron campos baldíos, cosieron hasta perder los ojos, robaron por sus hijos.

A muchas las castigó con rigor la violencia del nuevo régimen, sólo por ser pobres, por tener que buscar su pan en el contrabando o en un costal de bellotas robado a media noche en el encinar de un rico.

A otras las humillaron matándolas como a animales de carga aquellos mismos que, explotándolas cuanto podían, decían luego que aceptarlas en sus casas era una obra de caridad, de esa caridad falsa y ¿autocrisiana? que, sin embargo proclamaban bajo los estandartes y al amparo de los curas en novenas y procesiones.

Pero ellas arrastrando en sus carnes las heridas más dolorosas, siguieron adelante y dieron ejemplo de valentía y de coraje.

Yo he conocido y conozco a muchas de ella, ya ancianas, llenas de canas y de arrugas, con sus cuerpos marchitos como sarmientos y retorcidas como parras viejas, pero con ojos como carbones en medio de su miseria y de su decadencia, alumbradas por esa sabiduría de quien se ha hecho a sí misma en la dificultad y en la desdicha.

Por eso, porque las he conocido y conozco y he visto su vejez y la hondura de su pena amarga de tantos años de lucha, de una pena que me contaron con lágrimas en los ojos y sin entender muy bien porque la habían merecido. Por todo esto este pequeño escrito ha de ser un homenaje a ellas, a todas esas mujeres vivas o algunas ya fallecidas hace años, que sin quererlo les tocó vivir estos duros momentos de la historia de España tan aterradores y a los que ellas lograron sobrevivir.

1er Premio

Colectivo: C. Personas Adultas
Pseudónimo La Jara

COMO UN CIPRÉS

I

Berta siente que necesita morir.

El espejo devuelve un cuerpo de mujer, y percibe y siente que se enfrenta a una imagen grotesca e impura. Una cara redonda, de foame, y dos ojillos semienterrados color avellana. Tiene un par de granos. Los labios pequeños con un tono azulado. En su torso percibe la escultura grosera de un pecho desmesurado y ralo, como dos ubres inflamadas. Su estómago se frunce en pliegues que querría arrancar de un violento tirón con sus brazos rollizos. Sus caderas le parecen una percha forrada de carne, y sus nalgas, enormes trozos de grasa subordinados al poder de la gravedad.

Las piernas aún no se rozan; una oquedad torneada deja ver en el espejo la cama impecable, el resplandeciente 28 de febrero del almanaque cuajado de cruces y exámenes, y la mesita de noche, con una fotografía risueña de su hermana Pilar. Pero Berta contempla dos troncos de carne que deforman más, si cabe, ese cuerpo, para ella tan pesado, que arrastra desde hace veinte años.

Siente fatiga y odio. Le asquea su carne, le escuece su pesado cuerpo de cuarenta y dos kilos.

Se araña y tira de su pelo rubio con una soberbia que ya conoce. Querría arrancar toda la belleza que subestima.

En el espejo, la triste figura de su cara arrugada en llanto y contenida de odio. Grita en silencio y se tumba en el suelo, a disfrutar un dolor que cree merecer.

Berta siente que necesita morir.

Siente que es un ser despreciable, una cerda deformada que no puede seguir sufriendo esa lenta agonía de todos los días. Se odia, y no puede más. Piensa que su vida descarrila, que vegeta, sin fuerza para luchar con un monstruo que es ella misma. El presente es pura ruina, fracaso, decadente nostalgia de un pasado de voluntad firme. "Me estoy destruyendo, ya no tengo fuerza para luchar y vencerme", reprocha su consciencia esquizoide.

Berta estudia tercero de Filología Hispánica. Vive en un piso destartado, con dos amigas y su hermana Pilar, dos años menor que ella. Su habitación tiene un orden impecable, presidida por un espejo immaculado que encargó antes de amueblarla. El espejo es su mejor amigo, su mayor enemigo, la imagen de su conciencia. Desearía gritarle, romperlo, pero sabe que acabaría comprando otro. Es su única compañía, su veneno. Su confesor. Su amante y su cruel enemigo.

Berta merece un castigo. Urgente: ya sabe cuál es su flagelo. Siempre es el mismo.

Corre compulsiva hacia la cocina. No hay mucho, un trozo de pan que unta con todo el contenido de una tarrina de paté, mientras la mesa se cubre de miguitas de pan. Prepara con una prisa desmedida un vaso de leche desnatada con cucharadas y cucharadas de cacao y azúcar. Come casi sin masticar y bebe con un orden riguroso. Abandona el pan a medio comer y abre el frigorífico: una luz ilumina el gran banquete: es viernes, las fiambreras están pobres. Concha aún no ha consumido el puchero, que en el frigorífico se convierte en una gelatina correosa. Berta introduce grandes cucharadas en él y engulle sin paladar la textura, resbaladiza y pringosa que alivia y consuela su hambre de castigo. «Mil calorías, dos mil calorías...». Hay un queso viejo que Berta aborrece. Lo mordisquea como una rata. Descubre otra fiambarrera. Ésta, con carne en salsa, apenas cubre el fondo. En ella introduce sus dedos, sorteando las zanahorias, evitando los champiñones. Otro cacao y termina con el bizcocho que trajo Pilar. «Se va a notar mucho. No importa». En el congelador no hay gran cosa. Abre un paquete de croquetas y las mastica, congeladas, dañando sus dientes ya sin esmalte. Alguien sube, suena un meneo de llaves y Berta no sabe por donde empezar a recoger; su corazón da saltos, su cara se enciende. Esconde el pan en los bolsillos, las fiambreras quedan abiertas en el frigorífico y las croquetas caen al suelo y se desparraman como hormigas.

Son las once y media, Pilar entra:

-¿Qué haces? ¿Te pasa algo, Berta? -pregunta.

Berta responde con la boca llena:

-Nada, tenía hambre -el rubor de su cara se enciende en rojo sangre. Corre al cuarto de baño, arguyendo una repentina diarrea. Pilar sabe que su hermana miente y sufre. Pilar lo sabe todo.

El frigorífico se ha quedado abierto. Pilar descubre con una mueca de asco y tríteza las fiambreras abiertas y el queso mordisqueado. Una croqueta roza su zapato. Ordena el caos de la cocina y cierra las fiambreras, dejándolas tal y como estaban.

Berta, en el baño, se arrodilla frente al váter, como si fuera a concederle un sacrificio. Introduce sus dedos en el orificio sacrilego y se aprieta el estómago. Un torrente de asco y rabia irrumpe desde su boca azulada. Pasan cinco minutos y sigue en el baño, culminando su purga hasta quedar vacía de toda culpa. Sigue introduciendo sus dedos, cada vez con más vehemencia y desesperación, cortándose el anverso de la mano con el fino cristal de sus dientes.

«He terminado», piensa Berta, mientras irrumpe otro torrente, esta vez de lágrimas cargadas de odio y de repulsión, de impotencia y de vergüenza. Está sentada en el suelo. No puede sentirse más sucia. Se desnuda, volviendo a enfrentarse con la mole pesada de sus muslos y con el pecho que, como un colgajo, casi roza el ombligo. Se introduce en la bañera y deja que el agua limpia se lleve su dignidad por el desagüe. Mucho gel para abrillantar sus miserias.

2

¡Arriba, Berta! ¡Esa zancada roza el suelo!

Paola es la entrenadora, tiene veinte años y dedica su vida a la gimnasia rítmica. Allí proyecta todas sus ilusiones, intentando olvidar las frustraciones de antaño. Es más que un trabajo: es su vida. Aún no se ha dado cuenta de lo caro que cuesta su esfuerzo; la gimnasia rítmica es tan efímera como cruel. Las niñas dedican una parte de sus vidas, mientras Paola va engordando, envejeciendo y perdiendo el tono físico con la misma velocidad que gana en agrietamiento su carácter, vehemente y ácido. Ya sólo sabe gritar y escupir sus desengaños. Las niñas la obedecen como a una madre, la máxima autoridad.

Berta es la gimnasta más prometedora del grupo del que forma parte, pero sigue en él porque unos kilos de más le impiden volar hacia la selección individual; la gravedad la entierra en la ca-

beza del ratón, rodeada de las gimnastas más mediocres. Es muy trabajadora, constante y disciplinada. Cree que merece pertenecer al equipo individual de competición, y esa es la idea que estimula las infinitas horas que se pasa en el gimnasio.

Sale del instituto. Abandona sus libros de primero de BUP, y corre encendida hacia el gimnasio. Se enfunda el negro de su maillo y se cubre con el pantalón de un chándal negro y ancho, con un doloroso pudor, que impide que sean percibidas la elegancia y la flexibilidad de la que Berta no puede presumir, aun teniéndolas. Ella destaca sólo por el carácter que impone en sus ejercicios y por su figura, dibujada de curvas y femineidad. Pero Berta quiere ser una niña, no quiere crecer, odia su cuerpo desarrollado y la madurez que la hace consciente del rechazo de sus compañeras, que le evidencian su marginalidad en el revuelo de niñas patilargas y estrechas de mente y cuerpo.

Paola, tras uno de sus exigentes controles, terribles por sus críticas y rudezas rayanas en el insulto, propone a Berta la «independencia», bajo la condición de perder los tres o cuatro kilos que «ensuciaban» su buen hacer:

– Con tres o cuatro bastan, no te imaginas lo que ganarán tus ejercicios. Tienes que perderlos, Berta. Yo te ayudaré.

Berta parecía haber ganado el campeonato del mundo. Casi lloró de alegría. Aquella noche no cenó.

Desde ese día Berta no pensaba en otra cosa que hacer desaparecer los tres o cuatro kilos; se olvidó de los dulces a media mañana y de los pastres en la cena. No existía el pan, y los platos de comida apenas cubrían el fondo. Después de un par de meses, Berta había perdido seis kilos de hambre, que llenaban de orgullo el hueco de su estómago vacío.

Animada por la ingravidez recién descubierta, endureció sus entrenamientos: cinco horas todas las tardes, y los sábados, desde las diez a las nueve de la noche, con un par de manzanas danzando en la planicie de su estómago, mientras sus compañeras maldigerían sus abundantes almuerzos calóricos, bajo la mirada y los mordisqueos desganados de Berta en el verde dígido de sus manzanas.

Su madre se percató débilmente de la nueva delgadez de su hija, e incluso de su falta de apetito. Doña Mercedes almorzaba con sus hijas (Berta, entonces con quince y Pilar con once) en el comedor del colegio donde impartía clases. Su marido siempre comía fuera por su profesión, y sólo en la cena se reunían todos,

convirtiéndola las nueve y media de la noche en la «hora de la familia», donde distintas manjares rodaban al ritmo de las conversaciones cotidianas de cada cual. La comida era, sin duda, el lazo familiar: la hora de la cena y los domingos de restaurante y merienda.

De todas formas, Berta sabía que mientras trajese buenas notas a casa no habría problemas. Estudiaba por las noches, y tras escasas horas de sueño, también al amanecer. Era trabajadora, disciplinada y sobresaliente. Aprovechaba todos los huecos para dedicar el máximo de horas posibles a la gimnasia, que se comía todas las instantes, las ilusiones, las preocupaciones y los mayores esfuerzos.

El veintuno de diciembre trajo a casa unas notas magníficas, que tranquilizaron las preocupaciones de los padres. Ella estaba alegre por la recompensa merecida, pero un pellicco anudaba unos nervios incontrolados ante la inminencia del campeonato.

Al día siguiente no pudo pegar ojo en toda la noche, repasando los ejercicios recién aprendidos e imaginando su triunfo. Su imaginación volaba tan alto como su cinto, y rodaba grácil como su aro. Sus mazas no caían. No existía la gravedad.

Desayunó un yogur y dos manzanas, con el entusiasmo del que espera a los Reyes Magos, aun conociendo su falacia. Marchó al polideportivo. Temblaba. «Cuando vuelva todo habrá pasado», pensaba, mientras cerraba despacio el portón.

Al cabo de unas horas, comenzó la competición. Berta buscaba en los gradas. No vio a sus padres. En una esquina, una algarabía nerviosa saltaba alborotada: era Pilar, con sus amigas y una enorme sdbana, que decía: «¡Arriba, Berta!». Berta se puso aún más nerviosa.

. . .

El Trofeo de Navidad terminó, y Berta no había sido ninguna revelación; ni tan siquiera se mantuvo en el anonimato de la mediocridad. Sus ejercicios destacaron por sus fallos.

En la clausura, apretaba sus ojos para no llorar en público, hasta recibir el diploma.

En los vestuarios rompió en llanto.

El odio y asco hacia sí misma se concentraba en los pelliccos con los que apretaba llena de rabia su carne.

Estaba en el suelo. Se pegó un latigazo con la cuerda y el llanto brotó como una cascada imposible.

Pilar entró a consolar a su hermana. No sabía qué hacer. La envolvió con la sábana y le dio un beso. Se fue, y allí permaneció Berta, acurrucada, arropada por la sábana, dándose tanto asco como pena, mientras las sal de sus lágrimas se resbalaban sobre las letras de la pancarta. «¡Arriba, Berta!», se escurrió a mojada en llanto.

* * *

En primavera, Paola le propuso volver al grupo. Era necesaria, para sustituir a una de sus compañeras que, al igual que ella, probaría suerte como gimnasta individual. Berta sabía que su compañera triunfaría, a pesar de su descordinación, rigidez y hacer indolente (pues era una espiga, y Berta una hermosa guitarra, o una calabaza de formas impertinentes).

Abandonó la gimnasia rítmica, con el dolor y el orgullo arañando su estima. Había experimentado su primer fracaso.

En su casa sentó muy bien el abandono. Los estudios eran lo más importante, y la segunda expedición no había resultado tan brillante como la primera.

Desde ese día, Berta acentuó su conducta ermitaña e introvertida. Se hizo reservada y desconfiada; sólo hablaba con Pilar, pero ello no paliaba su soledad. Se aisló en su mundo de espinas, que ahora eran agujas.

Se volvió más melancólica, insegura. Se apagaba. Agudizó su perfeccionismo y comenzó a dudar de su capacidad como estudiante. Fue la primera vez que sus padres se preocuparon por ella. Además, Berta no comía.

Los padres le concedieron la atención que nunca tuvo. Su madre dejó de martirizarse con la pérdida del hijo que no nació, hace ya un millón de años, y soslayó su amenazante –y descreída, por cotidiana– depresión. Por primera vez se asomó a lo que se maceraba lentamente en la mente obsesa de su hija, de su brillante Berta. Pero Berta castigaba, chantajeaba con su negativa a comer. Así escupía la rebeldía acumulada desde hace años. Se veía triunfando en un mundo de huesos, se regocijaba cuando los chicos del instituto le decían que había perdido el «encanto», porque el encanto era la exuberancia de sus senos y la redondez prieta de sus caderas. Sus curvas mortales.

Palpar hueso era su placer.

Con la amenorrea vio colmado el sueño de ser de nuevo niña.

Sus sentimientos se habían subordinado a la imagen del espejo. La obsesión por una imagen de niña se apoderó de su existencia, su agrídice y levemente pesada existencia.

Las punzadas del hambre parecían caricias. Estaba francamente feliz con sus cuarenta kilos. Sus padres estaban preocupados. Berta creía triunfar.

. . .

Los padres de Berta dedicaban el domingo a la familia. Las urgencias y los conflictos laborales cotidianos robaban la mayor parte de los días, y el domingo tranquilizaban sus conciencias paternales con un almuerzo pleno de exquisitezcas, en un buen restaurante. El padre siempre alardeó de un sibaritismo heredado de una familia acomodada. La madre gustaba sentir a su familia unida, en torno a una mesa, ofreciendo una envidiable escena de familia bien construida, unida por fuertes lazos, que los domingos se evidenciaban diáfanos y gratos.

Però la fotografia ese domingo se velò. La postal no resultò tan típica.

Berta, estudiaba con un interès desmesurado la carta, recontaba las calorías, multiplicaba, restaba: el menú era imposible.

- Berta, ¿a qué esperas? -preguntò el padre.

- Últimamente comes muy poco -dijo la madre, con tono maternal-. ¿Tienes algún problema, Berta? Te veo muy delgada y con muy mala cara; estás azulada. Me preocupas -continuò la madre, con la psicología de manual que desarrollaba como maestra.

- No, mamá, no me pasa nada. Estoy estudiando mucho.

- Pues sin comer no te va a servir de nada -se le escapò a Pilar.

Berta sintió un pellizco de decepción. La complicidad con su hermana se había descaído.

- Berta, ¿cuándo nos vas a decir qué te pasa? ¿Te crees que no nos damos cuenta? ¿Qué pretendes hacer con tu cuerpo y con tu vida? ¿Qué pretendes hacer con la salud de tu madre? -dijo el padre con su voz de abogado.

- ¡No me pasa nada! ¿Os lo repito? ¡Preocupaos de vuestros problemas, que los míos, cuando los tenga, ya sabré resolverlos!

Berta estallò. Se rindiò al rencor, que llevaba como una dolo-

rosa pastilla desde hacía años, y comenzó a escurpir reproches, bajo la mirada estupefacta de sus padres y su hermana. Parecía enajenada.

- Berta, ¿cómo puedes ser tan egoísta? -dijo la madre, con una mueca de horror grabada en el gesto.

- ¿A mí me dices egoísta? ¿A mí? ¿No eras egoísta tú, cuando corrías histérica hacia el balcón mientras papá corría detrás, desesperado? Pues eso está aquí -dijo Berta, clavando el dedo en la sien-. No sabes cuánto duele.

- Berta, tu madre estaba enferma. Parece mentira... -respondió el padre, agresivo e insultado-. ¿No te lo hemos dado todo? ¿Te falta algo?

Pilar se levantó de la mesa y salió corriendo del restaurante, llorando.

El padre, con su sempiterna frialdad, pagó el almuerzo incólume:

- ¡Vámonos! -dijo con su tono dictatorial.

Durante el trayecto a casa sólo se oía el rumor del motor del coche. El silencio ejercía una violencia que se podía tocar y ensordecía los oídos. Al llegar a casa, Berta tuvo un desmayo.

* * *

Berta está en la unidad de observación de una clínica privada. Un médico la ausculta. La madre espera fuera. Berta tiene frío y la carne azulada y sin vello. Un saco de huesos reposa en una camilla mientras el médico le toma la tensión, que es tan baja como su autoestima. El electrocardiograma denuncia algunas arritmias. La madre entra.

- ¿Cuánto tiempo lleva negándose a comer? -pregunta el médico con tono insensible.

- No lo sé exactamente... Varios meses, puede que un año -responde la madre, avergonzada ante sí misma, reconociendo la escasez de atención ante su hija.

- ¿Cuánto tiempo llevas sin período? -le pregunta el doctor a Berta.

- Cinco meses -responde Berta secamente, mientras la madre ponía cara de asombro, mezclando el interés con el rubor de su desconocimiento.

- Y bebes mucha agua. Y eres estrenida... No cabe duda.

El médico escribe en el informe y enumera un cuadro sintomático de indudable diagnóstico, un particular padrenuestro en una lengua extraña: amenorrea, hipotermia, lanugo, arritmias, retención de líquidos, probablemente osteoporosis, debilidad, estreñimiento y pérdida de más de un veintidós por ciento de grasa corporal.

- Señora, su hija tiene una anorexia grave. Sería conveniente su hospitalización. En este centro disponemos de una psiquiatra que puede ayudarla.

- Avisaré al instituto -dice la madre.

. . .

A Berta la instalaron en la primera planta, en una habitación muy luminosa. Entró una señora. En su bata relucía: «Dra. Ciscar».

- ¡Hola! ¿eres Berta, ¿no? -preguntó automáticamente-. Yo soy Elena Ciscar, la psiquiatra de la clínica. He examinado tu historial -se sienta y Berta se remueve con fatiga en el colchón. Calla.

- Sabes el riesgo que corres, ¿no? ¿Sabes que esto es un trastorno psicósomático de muy graves consecuencias? -hablaba alto, con rotundidad; clavaba su mirada en los ojos de Berta, casi impudicamente. El clima era violento. Berta se sintió agredida por la mirada arrogante de la doctora-. Probablemente no sepas, o no quieras saber, que perteneces al club de 30.000 personas con trastornos de ingesta en España -Berta calla-. Te puede tocar el premio de un aparato digestivo atrofiado y un metabolismo distorsionado, o de un cuadro depresivo, con todas sus consecuencias, y eso cuanto menos. Si sigues así la haces crónica, puedes ganar una esquizofrenia, una esclerosis múltiple o un lento suicidio por inanición. Tienes que reaccionar a tiempo -Berta reaccionó dándose la vuelta-. Cubre su cabeza con sus brazos de alambre y moja la sábana-. Con esa reacción es inútil; quizás sea pronto -la doctora Ciscar se levanta y da media vuelta, erguida, con su cuerpo enjuto, mostrando su pelo recogido en un elegante moño. Anda clavando los tacones de sus zapatos de piel roja en el suelo. La cabeza alta; no parece afectada por el fracaso profesional. Al cerrar la puerta, ensayando un tono maternal y cómplice, le dice: «Piensa si merece la pena. Puedo ayudarte. Estoy en la 202».

. . .

Los resultados de los últimos análisis no denunciaban ninguna

de las antiguas carencias. El suero parcheó por unos días la deficiencia y la anemia desapareció sola con una alimentación equilibrada, que Berta ingería a duras penas, sólo por escapar de allí. Volvió a casa.

Pilar le esperaba entusiasmada, y salió corriendo a multiplicar besos en la piel de su rostro. Su ingenuidad la llevó a comprarle una caja de bombones, que sabía que a Berta le resultaban irresistibles. Pilar, en su tierna ignorancia, creyó que todo había terminado.

Berta, seria y cabizbaja, se abrazó a la hermana como una automática, mecánicamente, sin expresión. Al ver los bombones, rompió en llanto.

* * *

Los padres, informados por los médicos, comprendieron torpemente la enfermedad, y decidieron obviar los insultos y reproches de la hija, justificándola por su estado de enajenación. Se volvieron detectives y ajustaron su horario para comer en casa unas comidas que eran lentos rituales para Berta, almuerzos mudos. Seguía una dieta de mil quinientas calorías -aconsejada por el endocrino-, pero las mil quinientas disparadas en el plato, y se dividían algunas veces en la taza del váter. No obstante, en dos semanas engordó tres kilos, que le pesaron como quintales. Tiempo. A Berta le pesaba su existir. Cada acto, por minúsculo que fuese, era una heroicidad. Sólo el ejercicio redimía su plomiza existencia. Sentía su vida arruinada: «Mi vida se apaga», y pensaba constantemente en el crepúsculo de todos y cada uno de sus días...

- Quizás otro psicólogo... -decía la madre, con una mezcla de estoicismo y esperanza.

3

Sobre la mesita de noche, junto a la lamparita y al almanaque, dos cartas: una, la más gruesa, es para Pilar; la otra, más delgada, para sus padres.

«Mi Pilar:

Soy un hueco hondo y terrible, sin luz. Sin sentido. Y sin sentido no merece la pena seguir.

Soy un haz de espinas, por dentro y por fuera, y ningún amor po-

dría extirparlo. Acabaría con graves heridas y una espina en el alma.

He renunciado a arrancarlas, están encarnadas a golpe de lágrimas, y sé que jamás podré acariciar el verde fértil que duerme en lo más profundo de mis genes. (...) Estoy muy cansada.

Perdóname, Pilar, tan querida y tan buena; con esta moneda te pago tu amor, Perdóname.

Gracias por ser tan amable, por quererme y permitir que te quiera. Gracias por haber aportado con tus sonrisas un poco de peso a esta leve y anodina existencia, por regalarme tu entusiasmo y soportar mi rechazo. Gracias por intentar con tus cariños conjurar mi escepticismo (...). Perdóname, Pilar, pero el negro me ciega y me aburre. Perdóname».

«Mamá y papá:

No os merecéis este dolor, pero no saber es no querer saber, y esa actitud no se estira año tras año. Ha llegado el golpe.

Llevo veintún años edificando, construyendo, milímetro a milímetro, el arduo edificio de mi existencia, en cuyos cristales se proyectaban vuestras ilusiones y vuestros fracasos. Pero mi estructura no tiene luz, el cemento se ablanda y el suelo no es fértil. No puedo más. Olvidadme, Odiadme.

4

Berta despierta. No sabe cuánto tiempo ha dormido. Probablemente, ya estemos en marzo. Tiene hambre, su estómago ruge con rebeldía. Mira las cartas sobre la mesa. Al lado yace una caja de Prozac abierta y sin estrenar. Coge las cartas con trétema y las mira con una expresión de lástima, compasión e impotencia. Las tira en el cesto de papel a reciclar, rotas en cuatro pedazos. Guarda las pastillas donde siempre. Corre a la cocina.

1.º Premio

Colectiva: Asociaciones de mujeres
Pseudónimo Berta

TODA LA NOCHE EN UN HOYO

En la época que yo recuerdo mi madre siempre tuvo una casa donde vivir, pero por esto tuvo que recoger unos ancianos que no tenían hijos, que se llamaban Juan Y Bella.

Yo me acuerdo de Juan, el hombre era muy mayor, pero a mí que era la más grande me mandaba por una botellita de vino a la bodega de Manuel Quintero que está todavía dos o tres casas más abajo de mi casa.

Mi madre pasó mucho con los viejos hasta que se murieron, pero le dejaron la casa. Era una casa, el techo era de palo, una cocina muy mala, el suelo de pucha, los colchones eran de hoja de maíz, que había que coger una escalera para subirse a la cama.

Una vez subida, te metías en un hoyo toda la noche, iba a dar una vuelta y hacías un ruido grandísimo. Entonces no había nada más que carbón para poner la comida, había que encender el carbón en una anafre y estar un buen rato abanando con un abanador que se hacía de empleita. A las 3 de la tarde cuando tocaba las visperas, ya estaba puesto el potaje. Mi madre, como yo era la más grande, siempre me mandaba a mí. Antes de irme a la escuela tenía que ir a comprar las acelgas a casa de Marina la de la huerta para el potaje y eso era todos los días porque todas las noches hay potaje, así que yo no quiero el potaje, ni verlo porque comi mucho.

No había casi de nada en el verano, mi madre compraba unos zapatos blancos cerrados para pintarlo con tinta rápida negra para que me sirvieran en el invierno, porque no había nada más que esos zapatos. Me acuerdo que Rosa, la quillo, me hizo un vestido de crespón muy bonito, blanco con un cuello, y mi madre me bordó unos claveles rojos en el cuello, después mi madre me llevó a Tri-

gueros a casa de la Rubia que mi madre fue a comprar y yo cuando chica tenía la costumbre de roer todo lo que me encontraba y me roí el cuello con los claveles y mi madre me regañó mucho, pero como estaba en un pueblo forastero no me pegó.

Entonces no había cuarto de baño, mi madre en la cocina tenía una chimenea y en el invierno ponía una calderilla con agua a calentar y allí nos bañaban a las tres hermanas y en verano ponía el agua en el sol y se calentaba y eso era lo que había, tampoco había water, había que ir a una esterquera que había en el corral, puedo contar muchas cosas pero creo que ya está bien.

2.º Premio

*Colectivo; C. Personas Adultas
Pseudónimo Marina*

MEDITANDO EN SOLEDAD

Cada noche le pongo una barrera al sueño e intento llenar ese vacío que queda cuando lo he entregado todo. Después de pasar el día ejerciendo de amiga, madre y esposa. Después de haber escuchado, aconsejado, amado... poco queda dentro de mí, tan sólo soledad y la convicción de que sólo puedo ser escuchada por mí misma, de que sólo a mí me interesó.

Y en el silencio de la noche, venciendo el cansancio, me hablo, me escucho, me contesto, me pregunto y hasta sonrío a veces... También lloré, lloré de rabia, rabia de mujer acumulada en los genes a través de los siglos; rabia de esposa comprensiva e incomprendida; rabia de madre, que lo entrega todo y no espera nada; y sobre todo, rabia de personas, que por ser mujer, sólo es la coprotagonista de su vida.

Misoleidad me escucha y me comprende, es mi refugio al final de cada día, con ella me siento libre, y en ella me encierro robándole horas al sueño para poder seguir manteniendo vivo mi mundo interior: mis pensamientos que nadie escucha, mis argumentos que a nadie interesan, mis pasiones adormecidas por la monotonía diaria, mis emociones, mis esperanzas; esas cosas que toda persona necesita compartir y que marcan la sutil diferencia que nos hace ser seres humanos.

Hoy en día, cuando parece que hemos traspasado la frontera del tiempo, aún quedan mujeres como yo, mujeres que sólo podemos compartir lo que tenemos de humanas con nuestra propia alma; mujeres que sumergidas en la cotidianidad más absoluta, nos sentimos obligadas por tradiciones ancestrales a olvidarnos de nosotras mismas, para entregarnos por completo a la familia; mu-

¡eres sin metas propias, porque nuestras metas quedaron aparcadas en el tiempo cuando nacieron nuestros hijos.

Veo pasar mi vida ante mis ojos, como en un sueño, y me siento esclava de una educación caduca, de unas creencias erróneas arrastradas de padres a hijos, de generación en generación. Y aunque en la senda de la vida se quedaron muchas eslabones, aún la cadena que me esclaviza es demasiado larga y pesada.

Me revelo y pienso que hasta aquí he llegado, en esta hora mágica del sueño algo ha surgido dentro de mí, mi soledad ha conseguido que mi amor propio despierte de un letargo de años. ¿Por qué darlo todo?, ¿por qué no pedir nada?, ¿simplemente por el azar de haber nacido mujer?

Mi soledad dice que no me conforme, que no acepte lo que no quiero aceptar, simplemente porque se supone que debo aceptarlo. Mi soledad me dice que no asuma el papel de segunda, siendo como soy, la protagonista y directora de mi vida. Mi soledad me dice que me ame y que acepte lo que soy y lo que hago, que nunca deje de crecer como persona; porque cuánto más grande sea por dentro, más y mejores sentimientos podré transmitir a los míos.

Siendo mujer, soy la misma expresión de la vida, porque yo llevo las riendas del mundo, desde mi vientre yo creo el futuro, lo acuno en mis brazos, lo alimento de mi pecho.

El futuro es el reflejo de lo que yo soy, y será lo que yo quiera que sea.

2.º Premio

Colectivo: Asociaciones de mujeres

Pseudónimo Estrella del Mar

Nací un 26 de noviembre del año 1957, o sea, que tengo 39 años que me parecen siglos. Estoy tan cansada... Siento que he vivido tanto... No se por qué tengo ganas de ser mayor, vieja, tener todo el tiempo del mundo, para poder sentarme tranquilamente a leer algo, soñar o simplemente ver pasar la gente, caer la tarde o como vuela un pájaro. Hoy tengo prisa, no tengo tiempo propio sólo tengo tiempo para cuidar a los demás y no se por qué me tengo que esforzar para que todo funcione bien en mi casa.

No se muchas cosas, porque en mi infancia estuve enferma y sólo dormía, en el colegio tenía permiso para entrar a cualquier hora porque la medicina me hacía dormir, dormir, dormir... Tanto que no hacía otra cosa sólo dormir. Me acostumbré a los sueños tanto que llegaron a anularme; invadieron mi cerebro reduciendo mi capacidad de distinguir mi verdad, mi mentira. Todo era incierto, inseguro, yo parecía estar a salvo de todo; envuelta en una inconsciencia subrealista. Nada era verdad, todo era confuso y hermoso.

Dejé de ser cuento y empecé a ser drama social y familiar.

No se cómo empezó pero cada vez me sentía peor, la ansiedad y la angustia me invadían cada vez más, me sentía tan sola y sin nadie en quien confiar! Mi marido nunca estaba y a mi la casa, los niños, la soledad me estrujaban; me oprimían tanto que...

Yo soñaba con ser feliz, con sentirme querida y sólo me sentía necesitada, utilizada por todos los que me rodeaban para cubrir sus necesidades y yo tenía deseos, proyectos, sueños que realizar.

Pero no tenía tiempo, mi autonomía se limitaba al servicio de los demás, mi campo de acción reducido a la casa, mi tiempo no me pertenecía. ¿Qué tenía yo para seguir?

Yo sólo quería vivir, me aferraba a los niños para sentir su amor, su alegría, reír y amar con ellos, ser niña otra vez, sentir la mano fuerte y conductora de mi padre. Pero no estaba donde está mi marido, sólo necesito tener por un momento un pecho cálido y abierto donde poder descansar, vaciar mi corazón y mis ojos y dormir, dormir sólo un poquito, nada, nada, nada...

Cuando empecé a darme cuenta era tarde, estaba sumergida hasta el cuello, fue cuando comencé a esconder las botellas, pero no me daba cuenta de nada. Sólo cuando un día fui a coger la botella que escondía en la lavadora; al llevármela a la boca me vi reflejada en el cristal de la ventana. Recuerdo haber sentido pena, asco y rabia. Recuerdo intentar reconocermelo pero era imposible para mí saber quien era. No tenía identidad, era basura, mi marido se daba cuenta pero sólo me decía "¿Qué has tomado? ¡No debes de seguir!, ¡No está bien visto, eres una mujer! ¿Te has visto los ojos cómo los tienes?"

No me importaba si estaba bien visto o si mis ojos estaban rojos e hinchados; yo sólo quería salir, dormir, despertar... seguir tomando para seguir durmiendo, seguir durmiendo para seguir soñando.

La situación se hizo insostenible. Recuerdo la última botella que encontró mi marido, cómo yo le rogaba que me dejara tomar por última vez antes de que la tirara al fregadero. Recuerdo cómo se puede romper una vida, destruir un hogar, volverte nada.

En abril voy a cumplir tres años sin beber, asistiendo a terapias, a empezar a vivir otra vez, sentirme persona, a sentirme viva, a no vivir de quimeras sino de realidad, a luchar por conseguir metas, simplemente ser amazona, luchar día a día por tí misma; sin esperar que te aplaudan. El mundo no es un teatro y aunque todavía tengo inseguridad y miedo trato de vencerme.

En estos casi tres años de terapia he salido dos veces sola; una con el aula de teatro, todo fue bien mis compañeras lo sabían. Sabían que soy alcohólica. Mi segunda vez fue con el Centro de Adultos, llevaba miedo, fui a decirselo al profesor pero no fui capaz, me faltó valor, las compañeras decían que llevarían alcohol. Sentí miedo, esperaba que de cada boba saliera una botella.

Una compañera ha caído y lo estoy pasando muy mal. Estamos juntas en iniciación, pasé a un grupo intermedio y la dejé de ver; hace poco pasó de grupo y sentí mucha alegría al verla que iba tan bien y tan fuerte. Ahora al verla caer de esa forma es para mí un golpe tremendo, después de abrirte a su ayuda y no conseguir que reaccione te invade la impotencia, te sientes fracasada y mal, muy mal. Pero yo sé que tengo que seguir, que tengo que ser

fuerte y cada día enfundarme en la coraza del valor y, sin espada, vencer la batalla que cada día te reta la sociedad.

Mención especial
Colectivo: C.P. Adultos
Pseudónimo Tallo

MARÍA, «UNA MUJER»

Voy a contar una historia, una historia triste.

En una ciudad, hace ya muchos años, habitaba una familia muy humilde.

Juan era un hombre, que trabajaba en la mina, María era una mujer de su casa que cuidaba de sus tres hijos. Una mañana, Juan se levantó como cada día para ir a trabajar a la mina, una vez allí incorporado en su tarea, hubo un derrumbamiento, Juan quedó completamente inmobilizado, acudieron sus compañeros a socorrerlo, ¡pobre Juan! exclamaron. Lo llevaron a toda prisa al médico, una vez allí éste diagnóstico una parálisis total de sus piernas, ¡Dios mío! ¿Qué será de nosotros ahora?, dijo María al conocer la desgracia.

La empresa no les ayudó en nada y ellos no tenían ningún medio económico para salir adelante.

María muy desesperada salió a la calle en busca de trabajo. Cada noche llegaba totalmente desmoralizada, porque por el simple hecho de ser mujer no le querían dar ningún trabajo. Pero ella seguía saliendo cada día.

Una mañana muy desesperada en medio de la ciudad, gritó con todas sus fuerzas, ¡por favor!, ¡tengo manos y puedo trabajar! ¡escuchadme! necesito dar de comer a mi familia, ¡ayudadme por Dios! A los gritos de María acudieron muchas mujeres, sólo mujeres que al ver la desesperación quisieron ayudarla y se unieron a María ya que a todas ellas les podía haber pasado lo mismo y se pusieron en su lugar, y se dieron cuenta que por el simple hecho de ser mujer no deberían de estar tan discriminadas.

Formaron un grupo de mujeres muy luchadoras por la igualdad.

Todos los hombres del pueblo se pusieron en contra de ellas e incluso maridos de algunas. ¡Pobres desgraciados!, decían las mujeres. ¿Qué se tendrán creído?, nosotras las mujeres tenemos agallas para trabajar y sacar adelante a nuestra familia.

Y así se formó el primer sindicato de mujeres en esta localidad.

Las mujeres se negaron hacer las tareas de casa, no hacían absolutamente nada, los hombres estaban totalmente amargados y para más apoyo la mujer del alcalde se unió a ellas.

La autoridad reunió a todos los hombres del pueblo jesto no puede seguir así! ¡hay que hacer algo! gritaban los hombres en la reunión.

El alcalde propuso darle a María un trabajo y todos estaban de acuerdo porque si no le iba a comer la suciedad y estaban hartos de bocadillos.

Cuando se lo comunicaron a las mujeres, estas chillaban de alegría ¡bravo! ¡bien! ¡María lo consiguió! María lloraba de alegría junto a su familia ¡lo consiguió Dios mío!, decía María.

Pero este triunfo le supo a poco, ya que María en sus horas libres se dedicaba a luchar por la igualdad de los derechos humanos y lo extendió por todo el mundo y así se consiguió un poco más la incorporación de la mujer en la sociedad.

Y esa fue María, una mujer luchadora.

Mención opcional

Colectivo: C.P. Adultas

Pseudónimo La Estrella

